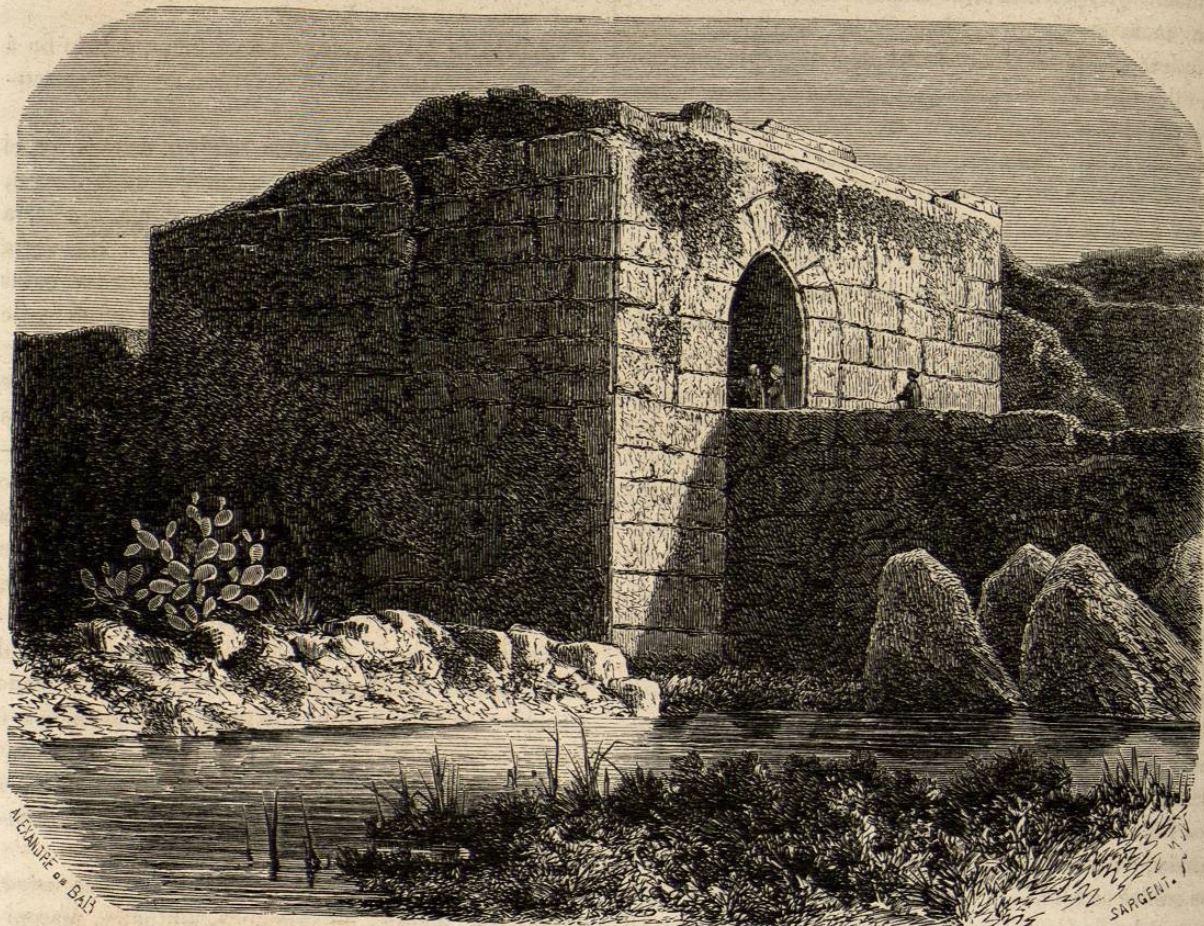


Aunque dispersos en todas partes los maronitas, cristianos sometidos á la Iglesia romana, habitan mas especialmente la vertiente occidental del Líbano, desde Beirut hasta Trípoli. Los drusos, cuya religion tan célebre consiste en no tener ninguna, pueblan el Metu, el Hauran y algunas comarcas del Anti-Líbano. Los metualis, musulmanes procedentes de Persia, se extienden hácia el Sur por los distritos de

Saida y de Sour hasta cerca de San Juan de Acre, y hácia el Norte por la llanura de Baalbek y por toda la vertiente Este del Líbano. Desde Trípoli á Antioquia se encuentran los ansarianos, gente poco conocida, dividida en varias sectas, de las cuales fue la mas célebre la de los asesinos, que tenia por jefe al Viejo de la montaña. Vienen en seguida los beduinos, los kurdos, los turcomanos; estos apenas



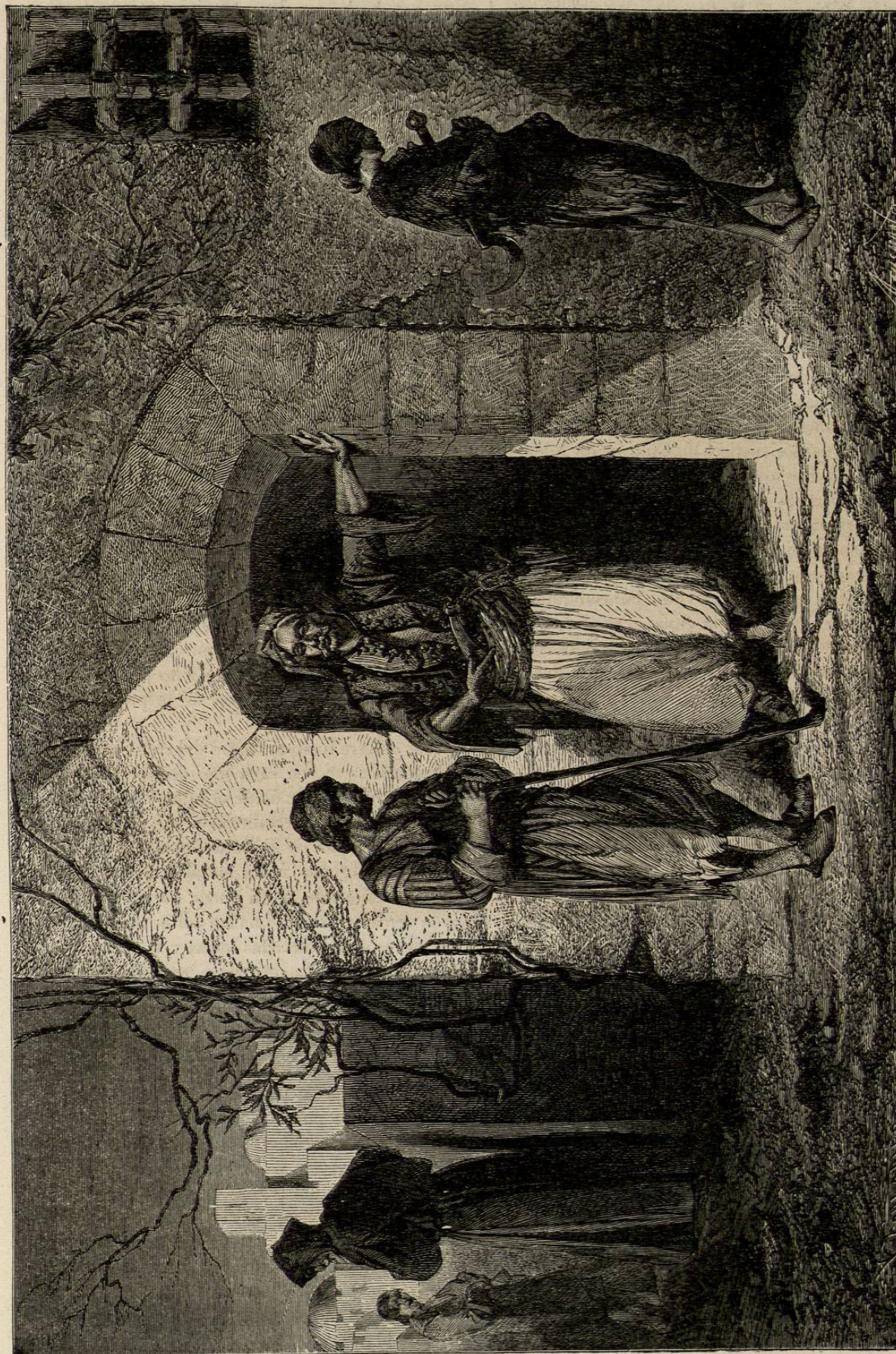
Puerta de Tortosa.

hacen mas que pasar; despues los judíos, los armenios, católicos y cismáticos tambien, los musulmanes de raza árabe y los turcos. Todas estas razas, todas estas religiones se hallan mezcladas en el pais, en el cual han vivido codo con codo, si asi puede decirse, por espacio de siglos, sin que el contacto mutuo y hasta la cohabitacion hayan podido disminuir el odio que mutuamente se profesan.

Segun las mejores estadísticas, el número de maronitas asciende á ciento cincuenta ó doscientos mil, el de los drusos á sesenta ó sesenta y cinco mil, el de los metualis á quince ó veinte mil, y el de los musulmanes á ocho ó diez mil.

En las ciudades del litoral se encuentra la pobla-

cion levantina, que es generalmente el resultado de una mezcla de árabes, italianos, griegos y malteses. Existe desde la mas remota antigüedad. Reclutándose incesantemente en los Estados ribereños, se ha diseminado por todas las costas, y una misma casa de comercio se da actualmente la mano desde el monte Líbano al Estrecho de Gibraltar. Los hombres que la componen, derivados de razas estrañas al pais en que han nacido, le profesan poco afecto. Viajeros, no tienen para recordarlo una lengua materna, este regalo que nos hace la patria para que no podamos olvidarla ni durante la ausencia, ni en el destierro. Los negociantes les han rehabilitado en la familia; las factorías de Malta, de Constantinopla y de Argel les han



Ansariano.

Rachi-Buzuk.  
TRAJES Y TIPOS DE SIRIA.

F. Shah ó campesino.

Monje maronita.

dato conciudadanos. El Mediterráneo no es mas que la plaza mayor de una ciudad pequeña. Dia por dia se sabe en Gibraltar lo que hace M. A... en Esmirna; en Marsella se habla del peinado de Mme... que vive en Alejandria; se sabe perfectamente en todo el litoral cuál es la conducta de Mlle. X... ó de Mlle. Y... en Alejandria ó en Trieste, y los buques que pasan se cuentan entre dos olas mas de un escándalo.

Tiempo es de volver á la mision científica de Fenicia. Hé aquí en su informe al emperador cómo se espresaba M. E. R. respecto de Byblos.

«Pocos puntos, á primera vista, ejercen sobre el investigador un atractivo tan poderoso como Djebel. Las innumerables cañas de columnas de mármol y de granito esparcidas en todas direcciones, un terreno atormentado en que cada corte nos enseña restos sobrepuestos de todas las edades, las leyendas que nos presentan á Byblos, como la ciudad mas antigua del mundo, los recuerdos rústicos de Ciniras, de Adonis y de Osiris, los mas históricos de la parte que tomaron los giblytas en la construccion del templo de Salomon, la importancia de Byblos en el renacimiento fenicio del tiempo de los Antoninos, el papel religioso de primer orden que desempeñó en aquella época, la obra inapreciable de Filon de Byblos (Sanconiathon), del cual aquella ciudad fue la cuna y es aun el comentario, todo se reúne para escitar la curiosidad y provocar el deseo de remover escombros que deben ocultar tantos secretos.»

Basta en efecto recorrer algun tanto las inmediaciones de Djebel para descubrir á cada paso la huella de las antiguas edades. Descansan á flor de tierra esparcidos por el suelo numerosos restos. Al Sur de la ciudad se estiende una vasta necrópolis. Al Este, las últimas ondulaciones de la montaña, las barrancas estrechas y profundas, por donde los torrentes se precipitan durante la primavera, están sembradas de grutas sepulcrales, de pilas talladas en el granito. Signos misteriosos están grabados en las rocas; una colina sobre todo, llamada de Assubah, se halla desde su base hasta su cúspide cubierta de toda especie de monumentos, (asientos, pilas, retretes, tumbas, etc., etc.), y cerca de ella se abre una caverna inmensa, arquitectónica, que como ha dicho M. R. «podria suministrar un excelente modelo al pintor que quisiera representar la Mafela de Abraham.»—Al Norte, y á la orilla del mar, se encuentran tambien algunas tumbas, cuyo interior parece haber sido pintado en la época griega.—Las sepulturas han atraído naturalmente mi atencion. Ningun pueblo ha manifestado en ellas mas grandeza y originalidad que los fenicios. Las animadas imágenes que los poetas hebreos sacan del Scheol, las bellas ficciones de Ezequiel, para representar la bajada á los infernos de los muertos ilustres, encuentran aquí,

como en todas las sepulturas fenicias, cartaginesas y judías, su justa aplicacion.—Las sepulturas de Byblos afectan las formas mas variadas; las que yo considero como mas antiguas se componen de pilas enormes, cerradas por una losa gruesa, gigantesca, que tiene algunas veces la forma de un prisma triangular, pero siempre en bruto, sin inscripciones ni ornamentos.—Nada conozco tan patético como estas grutas solitarias, en que la accion lenta del tiempo ha cubierto de estalactitas las devastaciones de los siglos.—Algunas tumbas ofrecen una particularidad estraña: numerosos respiraderos cilindricos abiertos en la roca con el mayor esmero, con frecuencia en lo mas grueso de ella, terminan en la bóveda, y llevan al interior el aire y la luz.»—No solo en las necrópolis se hicieron escavaciones: los esfuerzos de los trabajadores se estendieron hasta las inmediaciones de la torre que domina la ciudad: «Una construccion fenicia del mayor interés ha sido el fruto de las escavaciones que hemos hecho practicar en la colina donde se halla situado el castillo; se compone de una base cuadrada, maciza, de piedras colosales... Una serie de *pormentores*, estemporáneos en este momento, permiten recomponer en parte el edificio primitivo.»

Una multitud de escombros, que hasta la misma destruccion habia respetado, se encontraban sin embargo á derecha é izquierda junto á las paredes de las casas, en los caminos y encima de la puerta de las iglesias.

Byblos en otro tiempo, centro del culto de Adonis, veia en torno suyo, en cada uno de los cerros que bajan tumultuosamente desde el Líbano hasta el Mediterráneo, santuarios sombreados por algarrobos y cactos; eran templos de distintas formas, de distintas magnitudes, algunas veces simples altares. Coronando y completando, si asi puede decirse, aquellos conos de verdura, se escalonaban por la montaña entre las nieves de las elevadas lomas y el oscuro azul de los mares. Actualmente están reemplazados por capillas cristianas. Formadas de ruinas, se ocultan tambien bajo la sombra de un árbol cuyos antepasados abrigaron á los dioses de los antiguos. Con frecuencia las mismas ceremonias que honraban á las divinidades paganas se repiten para honrar á los santos y á los profetas. En las puertas de las capillas, enclavadas en los altares colocados bajo su proteccion, se encuentran aun algunas piedras con inscripciones en honor de Júpiter, de Venus ó de Astarte. «Uno de los lados del elegante bautisterio de Djebel está formado por una enorme piedra que ha servido de fronton monolito á un templo de estilo egipto-fenicio. Allí se encuentran todos los emblemas comunes de Egipto y Fenicia de que habla Filon de Biblos (globo alado rodeado de serpientes, etc., etc.).»

Monumentos pesados y toscos, peñascos de granito penosamente sobrepuestos, símbolos con frecuencia incomprensibles que se han encontrado en lápidas medio borradas, bóvedas profundas actualmente mutiladas, pilas diseminadas á la ventura en los sitios mas inaccesibles de la montaña, son con poca diferencia los vestigios únicos que los fenicios han dejado de sí mismos.

Como sus tumbas, sus edificios son mudos.

«No podemos poner en duda que los antiguos giblytas escribían muy poco en piedra. Las tumbas de Djebel, que se remontan seguramente á la época cananea, no tienen ninguna inscripcion, y me parece que debe decirse otro tanto respecto de todos los pueblos fenicios. La costumbre de poner inscripciones en los monumentos, las tumbas y las monedas no fue tal vez en aquellos pueblos anterior á la época en que empezaron á imitar á los griegos.»—«Los fenicios, como los hebreos, que no tienen ninguna epigrafía, preferían la escritura en piedras preciosas á la escritura monumental. En suma, parece que los inventores de la escritura no habian escrito mucho, ó á lo menos se puede afirmar que los monumentos públicos, entre los fenicios, quedaron anepígrafos hasta la época griega.»

Gracias al celo de la compañía, los trabajos avanzaron rápidamente, y muy pronto se pudieron emprender escavaciones en otros dos puntos, en Tiro y en Sidon. Ninguna dificultad desalentaba á los trabajadores, ni los rayos abrasadores del sol, ni las copiosas lluvias del invierno. La curiosidad científica es contagiosa; se apoderó de los cazadores y se tradujo en ellos en azadonazos formidables. Se dirigian por la mañana á las canteras y no volvian hasta por la noche, entusiasmándose mucho si habia recompensado sus esfuerzos alguna inscripcion para ellos indescifrable.

Los árabes, muy conmovidos por las escavaciones, y no pudiendo creer que se practicasen con otro objeto sino el de buscar tesoros, asistian regularmente á los trabajos.

Cuando vieron que se separaban á un lado mas piedras antiguas que monedas de oro, empezaron á burlarse, y luego significaron descaradamente el mal concepto que les merecia la inteligencia de los trabajadores. Un dia sin embargo en que era necesario levantar una pesada losa de sarcófago, los trabajadores trajeron con ellos una de esas máquinas llamadas gatos. Al verla, no pudieron los asistentes disimular hácia nosotros la espresion de un profundo desprecio, y prorumpieron en amarga burla é inestinguibles risotadas. Los maronitas habian tomado aquella máquina por una bomba contra incendios, y les parecia el colmo del ridículo que se quisiera levantar una piedra con una bomba. Mucho se sorprendieron al

ver que con aquel instrumento, manejado por un solo hombre, se levantaba el enorme peñasco de granito. Los soldados á su vez, oyendo hablar incesantemente á los árabes de tesoros ocultos y riquezas enterradas, empezaron á buscar con un afán que no tenia límites. Yo me hallaba con un antiguo sargento, llamado Robillard, y como despues de tres mil escavaciones no habíamos hallado aun ningun fenicio que tuviese una moneda de 20 francos: «No me habéis, decia Robillard, de los cementerios de vuestra Byblos; en ellos no se daba sepultura mas que á los descamisados.»

### III.

Influencia de los cónsules en Oriente.—La esclavitud.—Gobierno de Djebel.—Los médicos.—El clero.

Curiosa comarca es la Siria, curioso gobierno el gobierno turco. Sin ninguna influencia en el pais, al cual está obligado á dar leyes, lo abandona á la diplomacia europea como un vasto campo de batalla siempre abierto. La Siria, tan pronto francesa, como inglesa, como rusa, no es, ni será jamás turca. Un simple cónsul, si está dotado de firmeza y de energía, verá en pocos años el espíritu de las poblaciones y llegará á adquirir un poder indudablemente superior al de los bajaes, es decir, al de la autoridad reconocida y establecida.

Los procedimientos políticos se han modificado ya, pero en otro tiempo la victoria en estas luchas diplomáticas se debia á los medios mas violentos y mas extravagantes.

Se concedia la *proteccion*, es decir, una semi-naturalizacion á casi todos los que la solicitaban. El árabe protegido se sustraía á sus jueces naturales, y como era natural, se aprovechaba de la proteccion para entregarse á operaciones poco honrosas. Si para protectora habia escogido á Francia, y ésta le queria castigar, él se refugiaba en el consulado de Inglaterra. La Inglaterra lo arrebatava á la Francia, y el protegido proseguia tranquilamente sus negocios. Pasaba en seguida á Rusia, á Austria, á España, etc., etc.; y cuando se habia hecho rico, importante, considerado, podia burlarse á su sabor del gobierno turco, de sus protegidos y de su proteccion. Cada potencia tenia sus hombres, dragomanes, emires, guerreros ó criados, y siempre que uno de ellos se servia de un árabe capaz de muchas cosas, otro empleaba otro árabe capaz de todo. Y nadie se detenía en este camino. M. W..., cónsul general de Inglaterra en Siria, habia adquirido allí un poder tal, que parecia ser su verdadero amo. En vano trató Francia de luchar, en vano se mudaron sus representantes, todo fue siempre de mal en peor, hasta el momento en que M. de J..., fue nombrado cónsul. M. de J... era resuelto, enérgico, con

ribetes de espadachin. Pocos días después de su instalación, un emir acosado con motivo de algún crimen por M. de W...; tuvo la ocurrencia de refugiarse en el consulado de Francia, donde se le admitió inmediatamente como protegido. M. W... reclamó, y M. de J... le respondió: «No solo el emir es el protegido de Francia, sino el mío personalmente, y si cualquiera de vuestros agentes se aventura á perseguirle, yo, que soy mucho más fuerte que vos, os romperé la cabeza donde quiera que os encuentre.» Por vez primera el cónsul inglés cedió.

Djedai, rico cristiano, una de las fisonomías más curiosas de Oriente, acompañado de uno de sus amigos, se presentó á M. W... para proponerle un negocio lucrativo, que consistía en apoderarse más ó menos legalmente de varios bienes pertenecientes á metualis establecidos cerca de Baalbeck. Se formó una especie de sociedad. M. W... hizo obtener á dos árabes la naturalización inglesa, por cuyo medio creyó ponerles completamente bajo su dependencia. Todo fue á pedir de boca hasta el momento en que Djedai se sintió perjudicado, y como se quejase demasiado alto, M. W..., usando del poder que le daba la ley, quiso encarcelar á este nuevo súbdito de la reina Victoria; pero Djedai, parando el golpe, se había refugiado en el consulado de Francia. El asunto metió un ruido enorme; no se trataba ya de una pugna entre particulares, sino de una lucha entre naciones; se trataba de saber si había alguien capaz de tenérselas tiesas á Inglaterra. M. W... pidió en términos enérgicos la entrega del fugitivo. «Si Djedai es vuestro súbdito, contestó M. de J..., es también mi protegido; dejadle tranquilo y echad bien vuestras cuentas. Si os obstináis, ya sabéis lo que os tengo dicho; mi brazo es fuerte.» M. de J... tenía además en su poder documentos comprometedores que le había proporcionado Djedai; el cónsul inglés tuvo que bajar la cabeza, y aquella misma tarde escribía con lágrimas en los ojos: «¡Hé aquí quince años de desazones y de trabajo perdidos! En efecto, había ya una influencia francesa en Siria.

El Oriente comprende la esclavitud de un modo muy distinto que América. La servidumbre se confunde allí con la familia, la familia con la servidumbre; el esclavo come á la mesa con el amo, se sienta á su lado en los divanes, fuma en pipa y cuida sus caballos. Su posición es un término medio entre la de un hijo y la de un palafrenero. El que ha de mandar y el que ha de servir, educados en la misma ignorancia, se parecen; el trabajo no establece diferencias entre ellos, y la educación menos aun. La nobleza de Oriente asombraría á Figaro; todos los amos son dignos de ser criados.

Estas digresiones me han llevado muy lejos de Djebel, del cual no quiero volver á hablar sin espre-

sar antes mi reconocimiento á MM. de Lubriat, Sacreste y de Groulard, oficiales de la compañía de cazadores, é igualmente á la compañía misma, que me ha adoptado durante todo el tiempo que he pasado entre ella.

A la autoridad representada por los cuatro gobernadores de Djebel sucedió una autoridad única: la de un cristiano de la ciudad, llamado Daud, maronita mal casado, vanidoso y de baja ralea. El título de mudzelin y los 30 francos mensuales que percibe de sueldo son objeto de codicia para todos los que ocupan una posición honrosa en Byblos. La elevación de Daud había escitado allí las mayores envidias, y aunque hizo más de cien veces méritos para ser destituido, sus conciudadanos recurrieron para derribarle y tomar su puesto á las maniobras más bajas, á las mentiras más indignas, á las traiciones más negras, como si se hubiera tratado de un trono y de todo un presupuesto.

En el bazar se tratan los negocios importantes, y allí es también donde se preparan las revoluciones y se forman las facciones. No hay otra ciudad tan ávida de noticias, tan curiosa, tan crédula como Byblos; el horizonte se presenta allí lleno de honores flotantes. Durante el día la multitud se agolpa á las tiendas, discute sobre sucesos imaginarios, urde conspiraciones. Por la noche queda todo solitario, y los chacales y las hienas reemplazan ahullando á los maronitas.

Algunos metualis, que habitan aldeas situadas en la ladera de la elevada montaña, bajan á Djebel todos los lunes para hacer algunas provisiones. El solo nombre de metuali agita á la ciudad, donde el miedo toma, como la calentura, un tipo intermitente; los intereses privados callan; los giblytas requieren sus pistolas; se corre á las armas. Se oye el terrible grito: «¡Ahí están!» y se ven llegar veinte ó veinte y cinco zarrapastrosos, de la secta de Alí, montados en cabalgaduras éticas. No se altera la calma en lo más mínimo. Luego que se han marchado, cada cual cuenta sus proezas: el uno les ha apaleado, el otro no les ha querido dar pólvora, el otro les ha obligado á huir, etc. Un día me divertí yo con Daud contándole que en una de mis escursiones por los alrededores me había visto atropellado por uno de esos metualis. Daud me acompañó al bazar, prometiéndome castigar al delincuente. Nos acercamos á un hombre, cuyo rostro estaba casi tapado por el pañuelo de seda que los árabes llaman *cuffi*: «Creo que es aquel, dije al gobernador, mandadle descubrirse, quiero asegurarme de ello.» Daud, que por todo el oro del mundo, no se hubiera atrevido á hablar al metuali, se volvió hácia un soldado de su acompañamiento, y le ordenó que hiciera conocer á aquel hombre su voluntad. El soldado, tan prudente como su jefe, transmitió la orden al que tenía al lado, éste á un tercero, el tercero á un cuarto, el cuarto á un

quinto y el quinto en fin, no sabiendo ya quién había dado la orden, se aproximó misteriosamente á nosotros, y llamando á Daud aparte, le dijo: «Yo soy enviado á tí, effendi, para rogarte que vayas en

persona á ordenar á ese metuali, que se descubra el rostro.» Yo no sé lo que hubiera hecho el pobre Daud, si en aquel instante, el metuali no se hubiera quitado el pañuelo para sonarse. Yo declaré entonces que no



Interior de Kalat-el-Hosn.—De fotografía.

le conocía. «¡Por mi vida! exclamó Daud cuando volvimos, si hubiera sido él, le hubiese muerto como un perro!»

Hay cerca del castillo, en una cuadra que depende de él, una veintena de desgraciados, atados todos á una misma cadena, y custodiados por un hombre ar-

mado de una pesada macana. Estos están allí por distintos delitos. No se les ejecuta, ni se les da libertad nunca, pero sirven para hacer creer que se administra justicia. Yo iba algunas veces á verles por la mañana con Daud: nos contaban sus crímenes. Carcelero y gobernador se reían con ellos á carcaja-